

como por sus resultados, es el de la muerte de Napoleón, envenenado con arsénico. Se descubrió que el gran corso enviaba a una jovencita fanática suya en Inglaterra, desde su exilio en Santa Elena, fragmentos de su cabello como recuerdo. Al estudiar esos cabellos se advirtió que estaban impregnados de arsénico, un elemento que tiene la particularidad de conservarse sin descomponerse durante mucho tiempo en el pelo. La conclusión que anota el escritor es evidente: Napoleón fue envenenado poco a poco con arsénico, probablemente disuelto en su comida. Pues bien, por los días de la muerte lamentable del propio Moreno-Durán, se escuchaba ya una nueva versión de los hechos: es cierto lo del arsénico en los cabellos pero también es cierto que la cantidad que ellos contienen no basta para envenenar a alguien y sí es señal de un cierto medicamento que, como está atestado en documentos, administraba su médico personal a Bonaparte. La nueva conclusión, pues, cuando parecía irrefutable la anterior, que mucha gente compartió con el entusiasmo de lo tortuoso y espectacular, es bastante menos literaria y mucho más prosaica. Lo que importa señalar es que la investigación sigue abierta, pues la historia también es una novela negra, de lectura siempre abierta, como ésta.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## El mundo como escritura de la fragmentación

### Zanahorias voladoras

Antonio Ungar

Alfaguara, Bogotá, 2004, 158 págs.

La escritura como una forma de exorcismo y liberación de los propios fantasmas, como una catarsis que permite la recuperación de la pro-

pia historia para desembarazarse de toda identidad que no surja del acto autorreflexivo que busca dentro de sí su propio sentido, parece ser el verdadero tema de esta novela del escritor cartagenero Antonio Ungar<sup>1</sup>, quien nos entrega el testimonio íntimo y casi autobiográfico de toda una generación que no tiene una explicación para una realidad convulsa, caótica y violenta y encuentra en las drogas, el sexo o el alcohol, una salida provisoria a su angustia existencial.

Es la historia de un emigrante colombiano que se va a Europa en busca de algún sentido para su vida, pero se encuentra con que la realidad misma se ha vuelto una aventura imposible, una experiencia caótica que lo condena a la repetición, a la fragmentación, al fracaso y la exclusión, por lo que emprende el proyecto de propia autodestrucción, lo cual lo llevará a reencontrarse con el conflictivo país de su infancia, para encontrar, finalmente la posibilidad de una vida nueva.



En un lenguaje directo y descarnado, cuyo ritmo frenético sigue de manera eficaz los acontecimientos que reproduce, comienza la narración de esta travesía. En un primer “abrebocas con niño” nos presenta las imágenes de una infancia en que la figura del padre como un “fantasma con ganas de morir” y su muerte en un accidente, la presencia alu-

cinante de la madre y la admiración que sentía por su hermana, marcarán la trayectoria del personaje, que llevará a cuestras un profundo conflicto de identidad y un deseo de huida permanente que lo conducirá a abandonar todos sus proyectos.

A continuación nos trasladamos al momento en que despierta de un coma etílico en Barcelona siendo adulto y sabemos que aquellos recuerdos forman parte de su recuperación y que en adelante nos enfrentaremos con los enigmas y lagunas que surgen de una memoria que sólo puede ser fragmentaria. Así, sabremos cómo ha sido su vida en Barcelona y cómo conoció a la mujer que está a su lado, una alemana del Este con la que vive en una pensión del Raval, quien se ha empeñado en rescatarlo a través del yoga y la meditación.

Después de esta crisis, se inicia el capítulo enmarcado como “Las principiantes y el acróbata”, en el que lo vemos emprender proyectos por “ser alguien” que fracasan irremediablemente, acosado por el tedio y la ansiedad, y por su mujer que quiere reducirlo a ser la “extensión atrofiada de su infinita bondad”. Pero él insiste en su propia búsqueda y tras una sesión de ejercicios espirituales huye con una dominicana, con quien recorrerá las ciudades europeas y llevará una vida de *hippie*; de nuevo recae en el alcoholismo.

Posteriormente, con una inesperada herencia de su abuela, se le disparará la compulsión por acabar hasta el último centavo, comete todo tipo de excesos y huye finalmente a México. Allí se empeñará en perseguir a una mujer de Senegal en medio de las ruinas aztecas, que cree le dará la clave y el sentido de su vida, en medio de un delirio provocado por la marihuana (a mi juicio, uno de los capítulos mejor logrados); termina sin saber si fue cierto o sólo se lo imaginó.

De regreso a Barcelona, después de otro ataque de amnesia, de nuevo solo y abandonado por su mujer, hace un intento desesperado por salvarse del vacío y del tedio; para cumplir con un preciso papel social, asume la fal-

sa identidad de un escritor de éxito, y dejándose “sodomizar por las palabras”, escribe tres novelas magistrales desde tres identidades distintas, recluso en un hotel: con la primera, es un joven escritor del caribe y se acompaña por los farsantes del ego, de la rabia y el desprecio (Rimbaud, Verlaine, Bukowski, Vallejo y demás), y acaba con una sobredosis en un bar como un narrador loco que hace de su presencia decadente una novela. Con la segunda, es un malogrado escritor del país vecino a Su país, de una capital colonial transformada en infierno tercermundista y asume la voz de los que “No tienen voz”; la novela es la reiniciación del nuevo orden. Con la tercera, es un escritor francés hastiado del dolor de la periferia, que denigra de árabes, blancos, latinos, etc. Transportado por su propio discurso, trata de suicidarse golpeándose frente a un espejo. Por último, cuando emprende un ensayo sobre cómo dejar de escribir, la amnesia le gana finalmente la partida y olvida en qué hotel estaba hospedado. Ya sin un centavo, se ve a sí mismo como un verdadero loco y pordiosero que deambula por las calles y pierde el control de su propio discurso, al sentir que sus palabras se le escapan como *zanahorias voladoras*, en medio de una experiencia verdaderamente esquizofrénica. Al fin roba hasta conseguir el dinero suficiente para comprar un tiquete de avión que lo devolverá a su patria.



Una vez en Bogotá, se confronta con sus fantasmas familiares (su madre y su nuevo marido ruso, su hermana) y sociales (sus amigos, la violencia, las masacres, la corrupción) dándose cuenta que casi nada

ha cambiado e inicia la búsqueda de sus compañeros de universidad. Casi todos han desaparecido o han succumbido a sus propios sueños, menos alguien a quien imagina peleando en las selvas colombianas por sus ideales. Una vez allí, se confronta con la dura realidad del enfrentamiento armado. Es retenido por la guerrilla, con quienes representa el papel de un apasionado revolucionario. Después, es retenido por los paramilitares, sale vivo de milagro y al final se encuentra con un tigre que lo mira aunque no lo ataca, en contraste con otro tigre sucio y triste que vio en un zoológico de su ciudad, lo que constituye una bella metáfora de su propia situación interior. Ya de regreso, sabe que no tiene ningún papel creíble para desempeñar, que no tiene lugar en ningún proyecto común, por lo que emprende su regreso a Europa.

El epílogo, enmarcado con un sugestivo “o también”, se inicia con un nuevo intento de suicidio en Roma —lanzándose al vacío desde la cúpula de la Basílica de San Pedro—; es recluso en un manicomio del que se escapa sin dificultad. Ya al final, cuando cesa toda búsqueda y se siente liberado del fantasma por “ser alguien”, recupera la cordura y acepta la condición de anomia en la que vive, cuando la realidad pura se le impone y trata de sobrevivir como los demás. Sin angustia alguna emprende el proyecto de la escritura de su propia cronología, que es el texto que tenemos entre manos.

En esta historia se representa eficazmente la situación generacional de quienes padecen la ausencia de referentes históricos, ideológicos o metafísicos que le den una coherencia a un mundo signado por la violencia y la exclusión social. El antihéroe, un ser problemático pero inconforme con el mundo que le tocó vivir, se hunde voluntariamente en la abyección para acabar con una vida sin sentido, aunque no cesa en su búsqueda, y lucha entre la amnesia y el delirio por recuperar para sí el patrón de su caída, llegando, poco a poco, a vivir el proceso de autoconciencia que le permitirá

asumir su destino. De esta manera, asume diferentes papeles que lo hacen acariciar el proyecto de ser escritor, lo que finalmente lo llevará a salvarse. Aquí vemos que el mundo termina por identificarse con la escritura misma a la que accede, siendo ésta determinante en la búsqueda de su propia identidad (o la aceptación de su condición de emigrante), lo cual es una condición propia de la literatura posmoderna a la cual pertenece esta novela por múltiples signos<sup>2</sup>.



En primer lugar, su crisis de identidad, si bien tiene antecedentes en la biografía del personaje en la que el psicoanálisis podría aportarnos suficientes elementos —la figura de un padre alcohólico y su muerte prematura y la figura emergente de una madre demasiado invasiva sería ya de por sí suficiente para explicar su tendencia a la huida y sus propias dificultades para “situarse” y comprometerse en un proyecto frente a lo real—, en este caso es igualmente válida como metáfora de la fragmentación del sujeto y el cuestionamiento del yo propio de nuestra cultura, que se manifiesta en delirio y persecución, que lo lleva a un peligroso juego entre la realidad y la irrealdad. Por otro lado, la carrera frenética que lo lleva a recorrer ciudades de Europa, las ruinas aztecas y las selvas tropicales, permite establecer el juego paradójico de quien no se acomoda con ninguna identidad autoimpuesta, y sólo puede asu-

mir transitoriamente la parodia de una identidad posible (artista, estudiante, payaso, loco, pordiosero, guerrillero, etc.). Aquí el personaje padece la condición posmoderna y la crisis de valores en una sociedad posindustrial, y se mueve dentro de un horizonte marcadamente existencialista, lo cual favorece su desarraigo íntimo y la soledad social que le hace contemplar el suicidio salida: “enamorado de la idea de un final así, quería morirse sin saber por qué y no tenía el valor de pegarse un tiro, sin el dinero para volver a su país, para, siguiendo la tradición local, matarse de furia y desespero entre los suyos llevándose dos o tres cuerpos más por delante”, o lo vuelca finalmente a la escritura como tabla de salvación.



Por último, vale la pena mencionar que la literatura se expone a sí misma como ficción, enunciando su propio “fraude” como ejercicio de creación y producto social que exige un talento especial, una posición ideológica, una técnica o un tipo de escritor sacralizado la mayoría de las veces por una tradición. Aquí el personaje deviene en escritor cuando “renuncia” justamente a ejercer algún papel social real rescatándose desde el anonimato.

En fin, es una novela que no sólo explora hábilmente la condición del hombre actual que emigra en busca de oportunidades y padece su condición de exclusión y marginalidad, sino que con ello nos entrega una buena dosis del imaginario colecti-

vo que proviene del mundo industrializado y pasa por la cultura *light*, las tiras cómicas, el cine, el video, y el mundo de la imagen que distorsiona la realidad y le ofrece al hombre salidas irreales para su situación, en contraste con la realidad convulsiva, grandes ciudades y pueblos latinoamericanos, por lo cual se deja sentir una crítica de su mundo. Es una obra que merece destacarse por su autenticidad, honestidad, verosimilitud y eficacia narrativa, que la hacen un referente necesario de la joven novela colombiana.

NELLY ROCÍO  
AMAYA MÉNDEZ

1. Este colombiano de treinta años vive en Barcelona. *Zanahorias voladoras* es su primera novela, aunque ya había publicado dos libros de cuentos.
2. Según estudio de Jaime Alejandro Rodríguez sobre novela y posmodernidad: “Narrativa colombiana de fin de siglo”, en *Postmodernidad, literatura y otras yerbas*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2000, sería posible afirmar que la literatura posmoderna asume como punto de partida que la escritura es el modelo del mundo; aunque se esté consciente de que lo real está más allá de los textos y de las escrituras, ésta sólo es accesible por textos y escrituras.

## La ficción basada en la realidad

### El cadáver insepulto

Arturo Alape

Seix Barral, Bogotá, 2005, 320 págs.

Los acontecimientos del 9 de abril de 1948 son la gran deuda que la Historia tiene con Colombia. No sólo por lo brutal de los hechos que curtieron de sangre ese día y los siguientes, sino porque nuestros abuelos y padres, nosotros mismos y nuestros hijos y nietos, sentimos que no se nos ha terminado de contar qué fue lo que sucedió en el llamado Bogotazo. Mucho menos, tenemos respuestas que nos respondan

los interrogantes de cómo sucedió y de quiénes fueron sus protagonistas. Sólo tenemos atisbos, imágenes, trozos, versiones. Aún no sabemos quién fue Gaitán, aún no sabemos quién fue Roa Sierra, aún no sabemos cómo ni por qué la ciudad —y el país— enloquecieron de tal forma, aún no sabemos quiénes y cuántos fueron los muertos, aún no sabemos por qué mataron al caudillo, y, por supuesto, aún, casi sesenta años después, no sabemos quiénes lo mandaron matar.



De ahí que, en nuestro beneficio, el tema del 9 de abril continúe siendo objeto de estudio del mundo académico: como si no quisiéramos dejarlo pasar sin abstraerlo; como si, desde la distancia de los años, quisiéramos intentar entrometernos en cada uno de sus aspectos (económicos, políticos, biográficos, culturales, referenciales, etc.) para conseguir entretejer nuevas verdades, fruto de la investigación; verdades acaso mucho más precisas e imparciales, que podamos aceptar como ciertas.

Y si la investigación social continúa produciendo conocimiento sobre el tema, también lo hace, de su mano, la narrativa literaria. Es más, desde los mismos días oscuros que prosiguieron al Bogotazo, los escritores colombianos empezaron a crear obras que daban nuevas versiones de lo sucedido, versiones que no en pocas oportunidades contradecían, y contradicen, las del establecimiento. Así pues, el interés por saber qué fue lo que sucedió duran-